

La escritura es fluida y la impresión cómoda y clara. Así que se nos ofrece un texto recomendable para los interesados en la historia cultural, como ejemplo de aplicación metodológica de la noción de género, y, desde luego, para el trabajo con fuentes periodísticas generales. ■

Esteban Rodríguez-Ocaña, Universidad de Granada

Catherine Rollet. Les carnets de santé des enfants. Paris: La Dispute [Collection « Corps, Santé, Société », nº2]; 2008, 299 p. ISBN 978-2-84303-162-5, € 24,00.

«La madre observa, el médico interpreta». Esta afirmación del médico francés Jean Baptiste Fonssagrives (1823-1884), inaugura la era del documento que bajo diversas denominaciones (*Carnet de santé*, Cartilla de salud, *Growth book*) ha llegado hasta hoy. La idea de seguir día a día la vida de un niño desde el punto de vista de su salud en una suerte de biografía sanitaria, hunde sus raíces en momentos históricos anteriores con la aparición de monografías pediátricas en los siglos XVII y XVIII, cuando el cuerpo del niño se transforma en algo importante a los ojos de los médicos y de los gobernantes. Por mucho que haya que matizar las tesis de Philippe Ariès sobre el «descubrimiento» de la infancia en el periodo ilustrado, hay mucha evidencia de que a partir de ese momento y no antes, comienza la andadura que conducirá a la consideración de la relativa autonomía de la corporeidad infantil respecto de la del adulto, debido al rasgo definitorio que imprime carácter a esas edades de la vida: el crecimiento. El carné sanitario en el cual se van a consignar diferentes informaciones sobre la vida de un niño en particular, ha experimentado cambios importantes a lo largo de los dos últimos siglos con un punto en común: la lucha contra la mortalidad infantil. Historiar el contexto y el significado de este documento en el entorno francés —con algunas incursiones a otros países occidentales—, desde mediados del siglo XIX a la actualidad, es el propósito, logrado con creces, de la monografía de Rollet.

Las cartillas de salud infantil no han sido, salvo casos aislados, una fuente privilegiada de estudio para los historiadores. Aún en el caso de ser incluidas en algún trabajo, han aparecido siempre como un recurso complementario y ancilar de otro tipo de fuentes supuestamente de mayor enjundia. El descubrir todas las grandes posibilidades que, sin embargo, estos aparentemente modestos documentos ofrecen, es el gran mérito de Catherine Rollet, excelente historiadora y demógrafa francesa, bien conocida en los círculos de especialistas en historia de la infancia y de su protección, de la que *Dynamis* se ha ocupado reseñando obras suyas como *Les enfants au dix-neuvième siècle* (*Dynamis*).

2002; 22). La inclusión de la presente monografía en la nueva colección «Corps, Santé, Société» de la editorial *La Dispute* consagrada fundamentalmente a recoger estudios de tipo sociológico, no hace sino confirmar el interés del acercamiento histórico para el científico social y viceversa. El primer título de esta colección, un trabajo de Anne Paillet sobre la reanimación neonatal, ya apuntaba en esa dirección.

Dividida la obra en ocho capítulos, siguiendo un esquema cronológico, el trabajo pretende contestar a una serie de cuestiones fundamentales como la (las) motivación (es) que han estado detrás de la puesta en marcha, por parte de los médicos, de esta iniciativa; a qué intereses responde esta herramienta que va a pasar del campo privado al espacio público o el por qué de los cambios en formatos y contenidos de las cartillas, objetos de mediación por excelencia entre médicos y familia.

El momento en el que aparece en Francia el primer modelo de este tipo de documentos (*circa* 1870) coincide con la etapa final del Segundo Imperio, periodo fértil en iniciativas cuya visibilidad se pone de manifiesto, por ejemplo, en las importantes reformas urbanas emprendidas en París por el barón Hausmann. En un contexto de fuertes desigualdades sociales y de diferencias de mortalidad acusadas no sólo entre el campo y la ciudad sino dentro de los propios *arrondissement* parisinos (como ya había señalado Villermé años antes) y la percepción de una tendencia a la despoblación e insuficiente crecimiento de la población francesa, son cuestiones claves para entender el inicio del cambio, en el paradigma económico, desde posturas liberales radicales hacia una forma más matizada de liberalismo en el que se plantea la necesidad de la intervención limitada del estado en ciertas cuestiones como las escandalosas cifras de mortalidad infantil en un país que había sido pionero en el nacimiento de la especialidad pediátrica en hospitales tan emblemáticos como *l'Hôpital des Enfants Malades*. En las recomendaciones que Fonnagrives indica en su *Livret maternal pour pendre des notes sur la santé des enfants* (1869), Rollet apunta la posible doble influencia, por un lado, de las *Notes* para la constitución de una enfermería técnica de Florence Nightingale y, por otro, de las fichas que para las personas que cuidaban niños enfermos, había creado el pediatra inglés Charles West en 1868. Fuera del ámbito sanitario, otras dos influencias importantes, señaladas por la autora, fueron el auge del género de los escritos privados del ámbito doméstico como los libros de cuentas, los diarios, las memorias o la correspondencia y, en segundo lugar, la corriente de dispositivos puestos en marcha por las administraciones públicas como un modo de supervisión y control de ciertos segmentos de la población (léanse, por ejemplo, las cartillas militares y los *Livret d'enfant* de los niños con problemas de exclusión social tutelados por la asistencia pública). La idea del carné de salud, que pronto alcanzará una difusión notable dentro y fuera de Francia, nace de la necesidad de cooperación entre los médicos y las familias acomodadas y del interés de los primeros de jugar un papel central como mediadores entre las esferas privada y pública, en el contexto arriba indicado.

El paso de iniciativas privadas al control público de las cartillas sanitarias sobre todo a partir de las primeras décadas del siglo XX, significó un cambio de rumbo que

se inserta en los movimientos de medicina social y en su correlato, las campañas sanitarias del periodo de entreguerras. La diana de las actuaciones no son solamente los niños de las clases ilustradas sino los más desprotegidos y vulnerables. Los consultorios de lactantes o las gotas de leche son espacios singulares y apropiados para poner en práctica un tipo de documento que conserva algunas características de las cartillas primigenias pero que incluye elementos novedosos, entre ellos la inclusión de medidas antropométricas (peso y talla) y la descripción de los antecedentes hereditarios debida, esta última, a la influencia de los movimientos eugenésicos. Paulatinamente, los datos escuetos van a ir acompañados en las cartillas de auténticos folletos de puericultura. Ahora bien, los destinatarios ya no son las madres de Fonssagrives sino los profesionales de los consultorios y gotas de leche y su custodia corresponde no a la familia sino a estas instituciones. Paralelamente, se intenta instaurar un documento paralelo, el *carnet individuel d'élevage* donde son las propias familias las que escriben la evolución del niño en todos sus aspectos. El significado aquí es otro: si para las clases desfavorecidas, subsidiarias de ayudas de la asistencia pública, las cartillas sanitarias son una obligación, para las clases medias y altas la elaboración de los carnés de crianza no son sino una obligación moral, la de «dar ejemplo».

Dos de los capítulos más logrados son, por un lado, los relativos a los cambios introducidos en las cartillas debidos al influjo de las doctrinas eugenésicas (capítulo cinco), antes y después de la II Guerra Mundial y, en segundo término, el que Rollet rotula como «escritos de madres» (capítulo tres) donde presenta un fino y detallado análisis de una treintena de documentos de distintas mujeres, con objeto de explorar de qué modo anotan lo que se les pide o como, en ocasiones, añaden datos y formatos —no previstos por los médicos— provenientes de su propia experiencia, en un acercamiento de la autora a esa historia desde la perspectiva del paciente.

Las mudanzas experimentadas por este tipo de fuentes a partir de 1945, sus denominaciones y el cambio en sus utilidades, como herramienta adaptada a la pluralidad de los actores que envuelven la asistencia sanitaria al menor en la segunda mitad del siglo XX, tienen una menor extensión pero son muy interesantes y pueden servir como motivo de reflexión y de análisis de políticas actuales. De hecho, el último capítulo está consagrado al último de los modelos de dichos documentos puesto en marcha en Francia en 2004-2005.

Aunque, como hemos indicado arriba, el análisis comparado con otros países occidentales —España entre ellos— no es el objetivo más importante de la monografía, el apartado que le dedica (capítulo siete), merecería por su interés ser ampliado en posteriores ediciones o constituir en sí mismo el núcleo de un nuevo trabajo que esperamos los historiadores que seguimos de cerca su excelente trayectoria. ■